

CREACIÓN Y EUCHARISTÍA

El obispo de Roma Francisco acaba de enviar una carta circular a todos los habitantes de la tierra sobre *el cuidado de la casa común*, común a todos los seres que habitan en ella. Este cuidado es responsabilidad de todos los seres creados, especialmente de los administradores de la realidad creada (cf. *Laudato si'*, 66), pues la tierra es de Dios y los seres humanos no podemos apropiárnosla (cf. *ibíd.*, 68).

La tierra es un don de Dios a cuidar, un don para los seres humanos y para todos los demás seres creados; por consiguiente «todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (*ibíd.*, 89). Esta comunión universal se anticipa en la Eucaristía. En efecto, en la Eucaristía ya pregustamos esta comunión con toda la creación, creación que gime, *con dolores de parto* (cf. Rom 8,22), la nueva creación, inaugurada ya con la muerte, resurrección y glorificación de Jesucristo.

Cierto es que, en la Eucaristía, se anticipa el Reino de Dios, se manifiesta la Iglesia de Dios tal como es, a saber, una comunión con Dios y con los pobres y entre nosotros, y toda la creación *saborea* el alumbramiento de la nueva creación. Por eso, en la plegaria eucarística se pone en la memoria de Dios Padre toda realidad creada, pues ponerla en su memoria significa darle eternidad.

En efecto, en la Eucaristía, situamos acontecimientos, realidades creadas y personas del pasado y del presente en el Reino

que vendrá, y esto se hace para que no desaparezcan y vivan eternamente. La existencia eterna no puede ser garantizada por la memoria humana, que es pasajera y caduca. Así pues, para que nada caduque, se coloca en la memoria de Dios. Solo las realidades y las personas que existen en el pensamiento de Dios existen realmente.

Los seres creados existimos verdaderamente en la medida en que Dios, en el Reino de su Hijo, se acordará de nosotros y nos regalará finalmente la existencia eterna. La Eucaristía ya nos regala la oportunidad de existir para siempre, de no envejecer nunca.

La plegaria bizantina de san Basilio recuerda que todo lo creado está al servicio del Creador (cf. Sal 118,91), el cual nada ha abandonado (cf. Sl 137,8), pues el Creador contempla su obra con sus entrañas de misericordia (cf. Lc 1,78).

Tanto las antiguas plegarias eucarísticas –muy particularmente la del Libro VIII de las *Constituciones apostólicas*– como las actuales –especialmente la plegaria eucarística romana cuarta y la bizantina de san Basilio– tienen muy presente la creación como don de Dios, la cual por la acción del Espíritu y por la acción de Cristo es redimida de toda corrupción y liberada de todo mal y es santificada y transformada.

San Ireneo de Lión apunta que el pan y el vino de la Última Cena no proceden de Jesús, sino de la creación (cf. *Adv. Haer.* IV, 17,5). Precisamente recuerda que, en la Eucaristía, hay elementos procedentes de la creación. Por consiguiente, la máxima consagración de la creación consiste en llegar a ser eucarística, es decir, cuerpo y sangre de Cristo. En definitiva, la realidad creada cuando recibe la invocación de Dios, o sea, cuando es redimida por la acción de Cristo y santificada por la acción del Espíritu Santo, se convierte en incorruptible:

Quando el pan que procede de la tierra recibe la invocación de Dios (*la epiclesis de Dios*, que no debe confundirse con la actual epiclesis), ya no es simplemente pan, sino Eucaristía, donde se mezclan los dos elementos, terrenal y celestial. Así nuestros cuerpos, al recibir la Eucaristía, se libran de la corrupción, pues poseen la esperanza de la resurrección (*Adv. Haer.* IV,18,5).

Y en palabras del obispo de Roma Francisco:

La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado (*Laudato si'*, 236).

Una idea constante en el magisterio católico posconciliar es que el domingo es el *día del Señor* (el día del encuentro con el Crucificado resucitado) y el *día de la Iglesia* (el memorial de su muerte y resurrección manifiesta la Iglesia). Por ejemplo, de san Juan Pablo II: Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), 41; Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001), 36; Carta apostólica *Dies Domini* (1998), 31-35; de Benedicto XVI: Exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (2007), 73; y de Francisco: Carta Encíclica *Laudato si'*, 327.

El domingo es el primer día y el octavo, el día del inicio de la creación y el de la nueva creación, pues al mismo tiempo es el día de la reunión del Pueblo de Dios restaurado (ἐπὶ τὸ αὐτό) y el día de la reunión del Reino de Dios. Donde *encontramos* al Jesús resucitado que nos habla (la Palabra escuchada), al Jesús resucitado que se nos da como comida y bebida verdaderas (pan y vino eucaristizados), al Jesús que vive en la comunión de todas las personas bautizadas (la asamblea eucarística), al Jesús que se ofrece y ofrece toda la creación al Padre (el presidente de la asamblea), al Jesús que se identifica con los pobres y los pequeños, los sobrantes del sistema económico imperante (que son la ofrenda, la parte más digna puesta sobre el altar). La Eucaristía expresa esta realidad última, la nueva creación, y el descanso es una manera de significarla. Por eso Francisco relaciona el domingo con el descanso de la creación:

El domingo es el día de la Resurrección, el «primer día» de la nueva creación, cuya primicia es la humanidad resucitada del Señor, garantía de la transfiguración final de toda la realidad creada. Además, ese día anuncia «el descanso eterno del hombre en Dios» (CEC 2175) [...]. El descanso es una ampliación de la mirada que permite volver a reconocer los derechos de los demás. Así, el día de descanso, cuyo centro es la Eucaristía, derrama su luz sobre la

semana entera y nos motiva a incorporar el cuidado de la naturaleza y de los pobres (*Laudato sí'*, 327).

Finalmente conviene notar que la Iglesia no nace en cada celebración eucarística, más bien se renueva en ella, se manifiesta en ella. En concreto, en la Eucaristía, la Iglesia encuentra su raíz sacramental, la de ser en el mundo la expresión de la entrega por amor de Cristo, hasta que Él vuelva.

La Iglesia como comunión ya refleja, por un lado, la *comunión* del Reino de Dios, y por el otro, aún sigue configurándose a él. La misión de la Iglesia consiste en apuntar hacia la *comunión* en el amor del Padre para con toda la humanidad y actualizarla; una misión que pertenece al sacerdocio del Pueblo de Dios *como tal*; una misión que apunta hacia la recreación del ser humano según su dignidad de imagen de Dios (εἰκόν); una misión que, como componente clave de la comunión eclesial, abarca una profunda *comunión* en la obediencia al Evangelio de Dios, que implica estar en *comunión* con el drama y el grito de la humanidad por un mundo diferente.

La carta encíclica del papa Francisco es una llamada urgente a cuidar nuestra *casa común*, que está siendo saqueada por los poderosos de este mundo. Y desde aquí nos unimos a esta invitación, pues cada vez que celebramos la Eucaristía ponemos ante Dios Padre la misma creación, sobre todo los que han sido, son y siguen siendo desalojados de esta casa común y que *su clamor ha llegado a los oídos del Señor* (Sant 5,4).

Jaume FONTBONA
Director de «Phase»